

# UN ESCRITOR ORIGINAL

por Emir Rodríguez Monegal

Pocas fortunas literarias tan extrañas como la del cuentista uruguayo, Felisberto Hernández, que acaba de morir en estos días. Nacido en 1902, es prácticamente desconocido del público lector hasta el año 1942 en que se publica (por suscripción amistosa) un libro de recuerdos, vagamente novelescos, que titula **Por los tiempos de Clemente Colling**. El libro tampoco obtiene entonces mayor eco. Sin embargo, su publicación en Montevideo, saca a Hernández de la suerte de anonimato distinguido que habían logrado sus libros anteriores, editados a partir de 1925 en oscuras imprentas del interior y en los formatos más imprevisibles. Por **Por los tiempos de Clemente Colling** introduce a Hernández en la bibliografía nacional. También lo introduce en la consideración crítica. Porque si bien era cierto que ya contaba con muy pocos lectores, algunos eran tan calificados como Carlos Vaz Ferreira, tan leales como Esther de Cáceres, tan elocuentes como Jules Supervielle.

A partir de ese libro y esa fecha se forma una pequeña capilla Hernández que contra viento y marea, contra la oposición de un sector de la crítica y contra la indiferencia general de los lectores, sostiene y alimenta a Hernández, lo proclama gran escritor, se duele de quienes no ofician en el culto y hasta los difama discretamente. De ese modo, y seguramente sin proponérselo, Hernández se convierte en uno de los escritores malditos de nuestra moderadísima literatura, una suerte de versión menos brillante de poetas que en su hora fueron negados (como Julio Herrera y Reissig), de escritores que causaron ancho escándalo (como Roberto de las Carreras). Porque había algo realmente escandaloso en la prosa de Hernández.

## \* GUSTOS MUY PARTICULARES

El mismo era pequeño, sonriente, con una expresión cómica. Nadie lo habría creído un gran amador y sin embargo circuló airosamente por cuatro matrimonios e incontables amistades íntimas. Su palabra era fácil, poseía una tendencia a contar y sobre todo a detallar con la mayor crudeza situaciones eróticas en las que había participado real o imaginaria. Uno de sus oyentes ha dicho que no se detenía ni siquiera ante la náusea. Lo triste es que tampoco en los

cuentos faltan las alusiones escatológicas, las imágenes obsesivamente perversas, toda esa materia no digerida que demuestra gustos muy particulares. Cuando publicó en 1947 **Nadie encendía las lámparas** (una colección de cuentos editados por la Editorial



Sudamericana que tardó quince años en agotarse) me animé a escribir una reseña para la revista **Clinamen** en que analizaba algunas de esas obsesiones. Eso bastó para que la capilla me contara, inmerecidamente, entre los peores enemigos de Hernández y para que el propio autor (con un sentido del grotesco que era invidiable) fingiera ante mí un terror sacrosanto. La verdad era menos espectacular: siempre pensé que había en Hernández un escritor de grandes dotes pero malogrado por la adulación de los amigos.

## \* TARDIOS DESCUBRIMIENTOS

La publicación de **La casa inundada** en 1961 Montevideo, Editorial Alfa, colección **Letras de Hoy**) sirvió para demostrar que Hernández seguía produciendo su obra extraña, personal, cómica y a la vez profundamente neurótica. Asimismo demostró que una nueva generación de lectores podía sentirse atraída por él pero nunca entusiasmada, como ante Espínola, ante Morosoli, ante Onetti, escritores que realmente tocan la sustancia humana más general. También demostró que sus admiradores seguían tan capillescios y recalcitrantes como siempre y que el dudoso culto del narrador uruguayo quizá habría perdido fieles pero no fervor. Entonces pensé (y lo escribí aquí mismo) que Hernández tenía poco que agradecer a esos rapsodas.

Su muerte lo ha venido a probar. Alguno de los más extasiados frente a su supuesta exquisitez ha descubierto, recién ahora, que Hernández es un escritor de élite (lo que siempre fue obvio) y que es un realista algo grosero (lo que rompía ojos y oídos). Otros han callado copio-

samente o se han lamentado en voz alta de la poca fortuna de un escritor al que ellos sofocaron con el incienso. La verdad es que Hernández necesita cada vez más una lectura crítica imparcial, al margen de capillas y del influjo algo perturbador de su curiosa personalidad.

## \* UN CREADOR FUERA DE SERIE

Una visión puramente crítica de Hernández debe subrayar ante todo su carácter de creador fuera de serie, lo que no significa de ninguna manera un genio. Era, en realidad, uno de esos hombres que ve el mundo desde un punto de vista muy particular.

Para usar una calificación patentada por Rubén Darío habría que decir que era un raro: su óptica difería de la general. Todo lo examinaba a través de un sentido autoflagelatorio del humor. Gozaba en imaginarse personajes en situaciones humillantes, enamorados de mujeres inmensas y maternales, o reducidos a tareas inferiores y lacrimógenas. Sus héroes padecían de curiosidades de clara filiación sexual y conservaban en medio de la madurez y la vejez una tendencia al chiste coprológico infantil. Los sueños por medio de los cuales transmitía su crónica de la realidad cotidiana eran sueños de clave muy fácil pero al mismo tiempo ligeramente desagradable.

Lo increíble es que limitado por estos gustos (*Las hortensias* es la crónica delirante del amor del protagonista por unas mujeres de goma, con circulación de agua caliente en sus venas falsas) Hernández haya sido capaz de escribir algunos relatos que se levantan sobre lo meramente morboso e introducen una visión cómica, irónica y hasta poética del Uruguay de los años veinte y treinta que es el momento de su mayor felicidad de cronista. Por esos cuentos y por las evocaciones de Clemente Colling se conservará en nuestra literatura el nombre de Felisberto Hernández. Al morir, aliviado del desdén de las masas lectoras y del incienso de la capillita, Hernández puede ingresar en la literatura uruguaya junto a un Isidoro de María, un Daniel Muñoz, un Roberto de las Carreras, es decir: junto a esos escritores que no están en la gran corriente creadora nacional pero alimentan zonas marginales y fecundan tierras desconocidas.